

NADADORES EN UN PAISAJE, II

El delito no es una enfermedad, es un síntoma



Raymond Chandler, *El largo adiós*

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros: Nadadores

Fecha de Publicación: 01/09/2012 y 01/12/2020

Número de páginas: 9

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



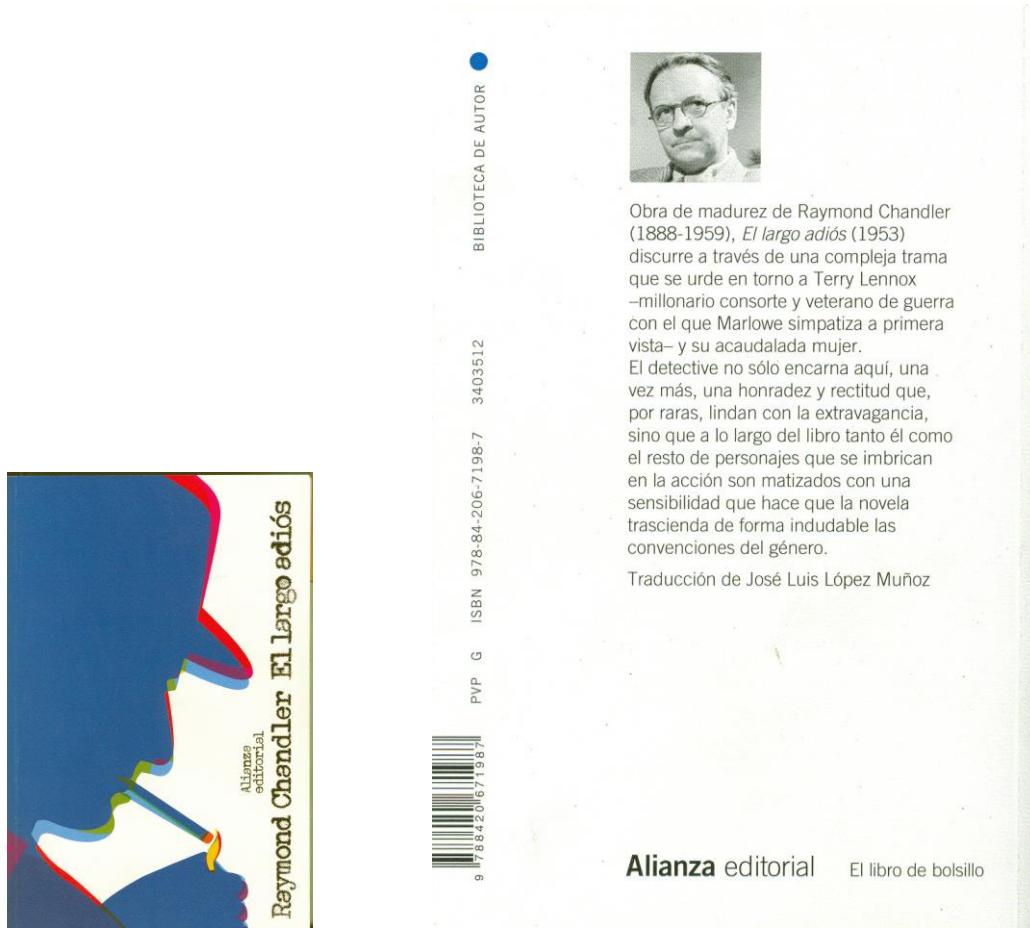
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio
Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma
Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Raymond Chandler, *El largo adiós*

Madrid, 2002, Alianza Editorial, traducción de José Luis López Muñoz.



I NADADORES EN UN PAISAJE

Sólo dos episodios con nadador, y en los dos casos como meros animadores de un paisaje urbano, de alguna manera; y una referencia.

La novela de Chandler tiene un personaje central clave, que es el escritor de novelas de éxito Roger Wade, con graves problemas con el alcohol. Es en la cita con su editor, Howard Spencer, con el detective Phillip Marlowe, en un reservado del restaurante del hotel Ritz-Beverly en donde se alojaba; desde allí se veía la piscina del hotel, en donde aparece una nadadora observada por el

detective mientras espera que llegue el editor. Es el primer párrafo del capítulo 13:

“A las once estaba sentado en el tercer reservado de la derecha, según se entra desde el comedor. Tenía la espalda pegada a la pared y veía a todos los que entraban y salían. Era una mañana despejada, sin niebla, ni siquiera en las capas altas de la atmósfera, y el sol se reflejaba en la superficie de la piscina, que empezaba inmediatamente del otro lado de la pared de cristal del bar y se extendía hasta el final del comedor.

Una joven con un traje de baño blanco y una figura seductora trepaba por la escalera de mano hacia el trampolín superior. Yo contemplaba la tira de piel blanca que aparecía entre el bronceado de los muslos y el traje de baño, y lo hacía carnalmente. Luego desapareció, oculta por el pronunciado alero del tejado. Un momento después la vi lanzarse al agua y dar vuelta y media de campana. Las salpicaduras ascendieron lo suficiente para capturar el sol y crear arco iris que eran casi tan bonitos como la muchacha.

Luego salió de la piscina, se quitó el gorro blanco y se sacudió la melena desteñida. Onduló el trasero en dirección a una mesita blanca y se sentó junto a un leñador con pantalones blancos de dril, gafas oscuras y un bronceado tan pronunciado y homogéneo que sólo podía tratarse del encargado de la piscina. Este último procedió a dar unas palmaditas en el muslo a la chica, que abrió una boca tan grande como un cubo y se echó a reír. No oía la risa, pero el agujero en la cara, cuando abrió la cremallera de los dientes, era todo lo que necesitaba.”

Las protagonistas femeninas de la novela son la esposa del novelista, Eileen Wade, y dos hijas del magnate Harlan Potter, Silvia Lennox y Linda Loring; la muerte de Silvia, al parecer por su marido Terry Lennox, que posteriormente huye, con ayuda del detective Marlowe, y aparentemente se suicida en un pueblecito de México, es el desencadenante de la acción y de la intriga de la novela.

La segunda vez que aparece un nadador, también como elemento de un paisaje, es en un momento central de la intriga: va a servir como trasfondo silenciador de un disparo, pues el nadador es un surfista o esquiador acuático a rebufo de una motora ruidosa. El detective Marlowe está en la mansión del escritor alcohólico Wade en plena crisis, y le pregunta si conoce a un tal Paul Marston, una de las claves de la intriga, basada en la doble personalidad del presunto asesino y suicida Terry Lennox. Esa pregunta fue la que desencadenará el aparente suicidio del escritor.

La acción, pues, es simple en su contexto: Phillip Marlowe comenta los últimos minutos de la vida del escritor Roger Wade.

“Se puso en pie y salió del estudio sin hacer demasiadas eses. Esperé,

sin pensar en nada. Una lancha motora se acercó ruidosamente por el lago. Cuando fue posible verla comprobé que llevaba buena parte de la proa fuera del agua y que remolcaba una tabla de surf y encima un fornido muchacho tostado por el sol. Me acerqué a la puerta ventana y vi cómo hacía un giro muy cerrado. Demasiado rápido, la lancha casi volcó. El chico de la tabla bailó sobre un pie tratando de mantener el equilibrio, pero finalmente salió disparado y cayó al agua. La lancha acabó deteniéndose y el accidentado se dirigió hacia ella nadando sin prisa, después siguió la cuerda de remolque y acabó tumbándose sobre la tabla de surf.

Wade regresó con otra botella de whisky. La lancha motora ganó velocidad y acabó perdiéndose en la distancia. El dueño de la casa puso la nueva botella junto a la primera y procedió a sentarse meditabundo.

-Caramba, ¿no irá a beberse todo eso?

Me miró, estrábico.

-Lárguese, tío listo. Vuélvase a casa y friegue el suelo de la cocina o algo parecido. Me está quitando la luz. – La voz era otra vez pastosa. Se había tomado un par de tragos en la cocina, como de costumbre.

-Si me necesita, grite.

-No podría caer tan bajo como para necesitarle.

-De acuerdo, gracias. Me quedaré por aquí hasta que vuelva la señora Wade. ¿Ha oído hablar alguna vez de un tal Paul Marston?

Levantó despacio la cabeza. Consiguió enfocar la mirada, aunque con dificultad. Vi cómo luchaba por controlarse. Ganó la pelea..., por el momento. Su rostro perdió toda expresión.

-Nunca – dijo cuidadosamente, hablando muy despacio -. ¿Quién es?"

Una nadadora en una elegante piscina de un hotel urbano y un surfista nadador en el lago de una elegante urbanización sirven sólo de contrapunto, o elementos de un paisaje, a través de un amplio ventanal o puerta ventana, como diseñado por un pintor americano contemporáneo de piscinas y mansiones. En Hollywood.

Era el capítulo 35. Algo después, en el capítulo 40, nuevamente el nadador surge como imagen que utiliza el detective privado ante un mafioso que le recrimina que siga investigando. El mafioso Mendy le amenaza si sigue con sus indagaciones: "Se le dijo lo que le convenía, más valdrá que no lo olvide". Y Marlowe contesta con esa imagen, igual de plástica que la del lago con surfista y la piscina con nadadora:

“-Seguro. Hago algo que no le gusta
y llego nadando hasta la isla Catalina con un tranvía en la espalda.
No trate de asustarme, Mandy. Me las he visto con verdaderos profesionales.
¿Ha estado alguna vez en Inglaterra?

Y eso es todo. Es una amarga reflexión sobre los ricos americanos, las élites financieras. La escribió Chandler cuando tenía más de sesenta años, al final de su vida; es una novela de madurez, con una estupenda trama que resultó también muy cinematográfica. *El largo adiós*.



II

UNA DURA VISIÓN DE LA VIDA AMERICANA: “El delito no es una enfermedad, es un síntoma”

He vuelto a esta novela ocho años después. Ni siquiera recordaba, en el momento de su relectura, haberla leído con anterioridad; sólo comencé a recordarla en el momento de toparme con la primera imagen de la nadadora en el trampolín, en un hotel Ritz americano, pero la intriga se me mantuvo a lo largo de toda su lectura pues me había olvidado completamente de la trama y el desenlace. Por otra parte, sí descubrí que me había olvidado de un Nadador, no recogido en la primera lectura. En la descripción que un doctor Verringer hace de su ayudante Earl, un joven “inestable, pero básicamente inofensivo” que tiene adoptado y como ayudante de su clínica en el campo, a punto de perderla para ser convertido el terreno en una urbanización de lujo.

Pensé que Earl podría ayudarme con el trabajo aquí.
Juega muy bien al tenis, nada y salta desde el trampolín como un campeón,
y es capaz de bailar toda la noche. Casi todo el tiempo
es la amabilidad personificada. Pero de cuando en cuando se producían...
incidentes.
(p. 117).

La descripción es la de un personaje banal, pero de idéntico perfil al del personaje central de la trama, Terry Lennox, quien se describe a sí mismo para el detective Marlow como alguien sin substancia ni pretensiones, banal en fin, como los ricos que “nunca quieren nada con pasión”.

Me dedico sobre todo a matar el tiempo – dijo –, pero le cuesta morirse.
Un poco de tenis, un poco de golf, natación, montar a caballo
y el placer exquisito de contemplar cómo los amigos de Sylvia tratan
de resistir hasta el almuerzo sin combatir la resaca. (p. 32).

Y eso es todo, como novedad para Nadadores de esta segunda lectura de *El largo adiós*.

Pero ya que estamos aquí, con Raymond Chandler, un verdadero lujo literario su crítica e ironía, unas reflexiones suyas, en boca de alguno de sus personajes, son memorables. Y estas notas de lectura son un aviso para la memoria, sin más. He aquí la primera de esas reflexiones, en boca del señor Potter, padre multimillonario de las protagonistas Sylvia Lennox y Linda Loring, precisamente sobre el dinero...

-Hay algo muy peculiar acerca del dinero – continuó –. En grandes cantidades tiende a adquirir vida propia, incluso conciencia propia. El poder del dinero resulta muy difícil de controlar. El ser humano ha sido siempre un animal venal. El crecimiento de las poblaciones, el enorme coste de las guerras, las presiones incesantes de una fiscalidad insoportable... Todas esas cosas hacen al hombre más y más venal. El hombre corriente está cansado y asustado y un hombre cansado y asustado no está en condiciones de permitirse ideales. Necesita comprar alimentos para su familia. En esta época nuestra hemos visto un deterioro escandaloso tanto de la moral pública como de la privada. De personas cuya vida está constantemente sujeta a la falta de calidad, no cabe esperar calidad. No se puede tener calidad con producción en masa. No se la desea porque dura demasiado. De manera que se echa mano del diseño, que es una estafa comercial destinada a producir una obsolescencia artificial. La producción en masa no puede vender sus productos al año siguiente si no logra que parezca pasado de moda lo que ha vendido este año. Tenemos las cocinas más blancas y los cuartos de baño más resplandecientes del mundo. Pero en esas cocinas blancas tan encantadoras

el ama de casa americana es incapaz de producir una comida aceptable, y los baños resplandecientes son sobre todo un receptáculo para desodorantes, laxantes, pastillas para dormir y todos los productos de esa estafa organizada que recibe el nombre de industria cosmética.

Hacemos los mejores paquetes del mundo, señor Marlowe.

Pero lo que hay dentro es en su mayor parte basura.

(pp. 304-305).

Si esta es una reflexión sobre el dinero de un potentado americano, la siguiente es una reflexión sobre el sistema americano mismo en boca de un viejo policía lúcido e íntegro, Bernie Ohls, que se franquea con Marlow precisamente hablando sobre el millonario Potter.

-No hay ninguna manera transparente de ganar cien millones de dólares – dijo Ohls –. Quizá la persona que manda cree que tiene las manos limpias pero en algún sitio de tejas abajo hay gente a la que se pone contra la pared, hay pequeños negocios que funcionan bien pero les cortan la hierba bajo los pies y tienen que dejarlo y vender por cuatro perras, hay personas decentes que se quedan sin empleo, hay valores en la bolsa que se amañan, hay apoderados que se compran como si fueran un gramo de oro viejo, y hay personas más influyentes y grandes bufetes de abogados que cobran honorarios de cien mil dólares por conseguir que se rechace una ley que quería el ciudadano medio pero no los ricos, en razón de que reduciría sus ingresos, el gran capital es el gran poder y el gran poder acaba usándose mal. Es el sistema. Tal vez sea el mejor que podemos tener, pero de todos modos sigue sin ser mi sueño dorado.

-Habla como un rojo – dije, sólo para pincharle.

-No sabría decirlo – dijo con desdén –. No me han investigado todavía...

(pp. 359-360).

Finalmente, como broche de cierre para este vistazo urgente y breve sobre el sistema americano con ese nuevo dios que es el dinero, ya en boca del propio Marlowe para retener al editor de éxito que quiere acudir a la policía al descubrir que uno de sus autores estrella no se ha suicidado sino que ha sido asesinado, la amarga reflexión final sobre la justicia:

-Tenemos que llamar a la policía. Existe una cosa que se llama justicia.

-No tenemos que hacer nada de esto. Las pruebas de que disponemos no servirían siquiera para aplastar a una mosca. Que quienes aplican las leyes hagan su trabajo sucio. Que lo resuelvan los abogados. Son ellos quienes redactan las leyes para que los abogados las analicen delante de otros abogados llamados jueces, de manera que otros jueces puedan decir a su vez que los primeros no tenían razón

y el Tribunal Supremo dictamine que el segundo grupo se equivocó. Estamos metidos hasta el cuello en todo esto. Y apenas sirve para otra cosa que para dar trabajo a los abogados. ¿Cuánto cree que durarían los peces gordos de la mafia si los abogados no les enseñaran cómo actuar? (pp. 408-409).

El dinero es todopoderoso e impone la obsolescencia programada en una sociedad de consumo para reforzar su poder mismo, el sistema es que el gran capital es el gran poder y el gran poder acaba siempre usándose mal, y la justicia no existe en estado puro, es un mero juego dialéctico interesado entre abogados de esos que enseñan a las mafias a comportarse bien... Un posible discurso de Raymond Chandler, a través de sus propios personajes, si no es que es un aviso... Un aviso personal, fragmentado para que pueda resultar más digerible, pero claro y distinto como una idea cartesiana más para una nueva racionalidad deseable.

Un diálogo final, entre Marlowe y el policía veterano y honesto Bernie Ohls, redondea ese aviso fragmentado a lo largo de *El largo adiós*, y nos sirve para cerrar de alguna manera esta segunda lectura personal más sosegada y madura, más desalentada incluso, en plena pandemia insospechada y cruel, y no descartable que muy en relación con estos juicios críticos formulados por Chandler en esta su novela de madurez de hace ya más de medio siglo, de 1953, seis años antes de su muerte.

-Soy un policía cansado, viejo y desastrado. Todo lo que siento es irritación.

Me volví y lo miré fijamente.

-Eres un policía como hay pocos, Bernie, pero con todo y con eso estás equivocado. En cierta manera a todos los policías les pasa lo mismo. Todos le echan la culpa a lo que no la tiene. Si un fulano pierde el sueldo jugando a los dados, hay que acabar con el juego. Si se emborracha, acabar con las bebidas alcohólicas. Si mata a alguien en un accidente, dejar de fabricar automóviles. Si lo pillan con una chica en una habitación de hotel, suprimir las relaciones sexuales. Si se cae por la escalera, dejar de construir casas.

-¡Cierra el pico!

-Claro, mándame callar. No soy más que un ciudadano particular. Desengáñame, Bernie. Tenemos mafias y sindicatos del crimen y asesinos a sueldo porque tenemos políticos corruptos y a sus secuaces en el ayuntamiento y en la asamblea legislativa. El delito no es una enfermedad, es un síntoma. Los policías son como un médico que te da una aspirina para un tumor en el cerebro, excepto que el policía preferiría curarlo con una cachiporra. Somos un pueblo grande, primitivo, rico y desenfrenado

y la delincuencia organizada es el precio que pagamos por la organización. Vamos a tenerla mucho tiempo. La delincuencia organizada no es más que el lado sucio del poder adquisitivo del dólar.

-¿Cuál es el lado limpio?

-No lo he visto nunca. Quizá Harlan Potter te lo pueda decir.
Vamos a tomar una copa.

Ese podría ser un final, como el final de aquella mítica película, *Casablanca*, como el de todas las pelis del Oeste en el que el plano final es el héroe alejándose hacia el horizonte. El héroe lúcido y el poli bueno. Aunque Chandler tiene un final más rotundo aún, refiriéndose a los personajes principales de su novela:

Nunca volví a ver a ninguno de ellos, excepto a los policías.
No se ha inventado todavía la manera de decirles adiós definitivamente.

Sí, ese es el final verdadero de *El largo adiós*.